

Carlos Rubio, historiador

En la fogosidad de su vida inquieta y bohemia, el periodista por antonomasia, el cordobés Carlos Rubio, que habló, escribió, conspiró, y dedicó todos sus fervores al rescate de la libertad para la patria oprimida, dejó una voluminosa historia escrita: la «Historia filosófica de la Revolución española de 1868».

Este libro, cuyo recuerdo me toca hacer en la conmemoración académica al cordobés ilustre, es más hijo de su época que de Carlos Rubio. Es una obra que, por su título, por el cierto deslavazamiento de sus páginas, hilvanadas periodísticamente con retazos y atropellos, por la fogosidad de su texto, por el desenfado de su redacción, no podía ser más que de un político bohemio y romántico del XIX español.

Campea al frente de la obra el retrato del autor, según costumbre de la época. Cabellos crespos, barba hirsuta, aguda la mirada del ojo sano, gran solapa romántica. Para un estudio ampliamente biológico del autor, este retrato, como todos sus análogos, ayuda mucho a comprender la obra, y con ella toda su materia y el sentido de la época que describe.

Después, largas páginas de filosofía política y revolucionaria. Hace hincapié sobre todo, sin dejar de recorrer todos los movimientos revolucionarios que registra la historia, sobre todo en tiempos clásicos, en el sentido revolucionario del cristianismo. Para demostrar este aserto acarrea largas citas de los santos padres, en las que se condena la riqueza, la desigualdad social, la tiranía de los poderosos.

Cuando ya va llegando a los momentos revolucionarios de la edad contemporánea, el tono filosófico va desapareciendo para ir alcanzando tonos tremantes de la indignación. No digamos cuando describe la familia de los Borbones, cuyos estigmas degenerativos y aún criminosos, describe a grandes rasgos. Cuando llega a Fernando VII la indignación le ahoga, y sólo exhala una frase despectiva.

Como escritor liberal, de corazón ardiente y generoso, Carlos Rubio no se ceba en el caído. Pudo en su obra, habiendo sido perseguido y proscrito por los Borbones, haber volcado los tonos infamantes sobre la familia dinástica, cuando la soberana traspuso la frontera, y acaso se creyó que no volvería ella ni representante alguno de su estirpe. Pero generosamente se contiene, y esa dádiva liberal, no comprendida temperamentalmente por los espíritus reaccionarios, desvía con un altivo desdén, a veces con un caritativo perdón, la injuria recibida.

En la historia de la Revolución del 68, escrita por Carlos Rubio, hay entre otros muchos, un episodio que demuestra totalmente lo que decimos. Es el relato del fusilamiento, con honores de asesinato, de Fernández Vallín, en Montoro.

Leo los párrafos breves en que Carlos Rubio relata el episodio, porque demuestran la magnanimidad de su corazón de pura estirpe liberal. El bohemio y aristócrata periodista que era gran amigo de Carlos Rubio, juntos habían conspirado, los cenáculos y radaciones de la corte les eran fraternales, y el alevoso asesinato, de otra manera no se puede llamar, de que fué víctima Fernández Vallín, parece que debía despertar en la pluma de Carlos Rubio las más acerbas recriminaciones contra aquel general, cuyo nombre debemos dejar en el anónimo, que mató a Vallín.

Y sin embargo, este triste episodio, que en nuestros días ha narrado aún gentilmente la pluma de Valle Inclán, después de ser descripta sobriamente por Carlos Rubio, tiene en su obra esta magnánima explicación: aquello fué un acto de locura física, porque aquel general, muy poco tiempo después, murió en el manicomio.

Merece que nos detengamos aún en otro suceso cordobés de aquellos tiempos de definitivas repercusiones nacionales, desenlace de la historia y de la obra que los narra: la batalla de Alcolea.

Carlos Rubio no quiere describirla personalmente, con su sola visión objetiva, y seguro de que la posteridad buceará en tal suceso para extraer de él todas sus esencias históricas, inserta variadas narraciones, tomadas de diversas fuentes, todas presenciales, unas publicadas, otras inéditas, tomadas de esos manuscritos que para propio solaz y desahogo escriben tantos hombres, y cuyos papeles van luego a perderse en el desaliño del hogar.

Carlos Rubio, de esta manera se coloca imparcialmente frente a la batalla de Alcolea, esa batalla que también ha de describir con visión más localista otro escritor cordobés, y cuya batalla, en fin, acaso fué un esfuerzo más perdido en la historia de España.

De las consecuencias de ella acaso el mismo Carlos Rubio hubiera podido seguir escribiendo, si son ciertas aquellas maquinaciones de que se le acusa en otros sucesos no menos memorables, pero sí luctuosos que la siguieron y que también fueron trascendentales para la historia de nuestro país.

Fué, en suma, Carlos Rubio, un historiador, que hace la historia, que la vive y que la anima. Su papel de narrador es secundario, porque es bien sabido que actor y espectador no se puede ser al mismo tiempo, y para Carlos Rubio la acción histórica fué papel principal, como compete a quien fué adalid del periodismo español, y de su pluma hizo espada defensora de la libertad para la patria oprimida.

RAFAEL CASTEJÓN.

